

conocimos el noble trabajo realizado por dicha institución. A pesar de conservar aún el nombre de la Sociedad de Muchachos de Fundiciones, ha sido ampliado el círculo de su acción, hasta que ha llegado a ser una sociedad para toda clase de muchachos y niñas trabajadores. El bien que ya ha hecho es indecible. ¡Ojalá que todas las ciudades tuvieran una institución semejante! Hasta el presente tan sólo ha sido imitada en Escocia, en Greenock, Edimburgo, Dundee y Aberdeen. ¿Qué hacen Mánchester, Leeds, Bladford y las ciudades manufactureras tan pobladas del Norte de Inglaterra? Semejantes instituciones, establecidas en esos lugares, serían de inmensas utilidad y provecho.

## CAPÍTULO XI

## LA FILANTROPÍA

Sis amicus Dei, fide, spe, et opere.

MICHAEL SCOTT (1).

Sweet mercy is nobility's true badge.

SHAKESPEARE (2).

O brother, fainting on your road!  
Poor sister, whom the righteous shun,  
There comes for you, ere life and strength be gone,  
An arm to bear your load.—*The Ode of Live* (3)

Many groans arise from dying men, which we hear not. Many cries are uttered by widows and fatherless children, which reach not our ears. Many cheeks are wet with tears, and faces sad with unutterable grief, which we see not. Cruel tyranny is encouraged. The hands of robbers are strengthened, and thousands are kept in helpless slavery, who never injured us.—JOHN WOOLMAN (*Quaker*), 1775 (4).

Los hombres tardan en abandonar su fe en la fuerza física, como imprescindible para la dirección, la corrección y la disciplina de los demás. La fuerza es una cosa muy evidente y excusa toda investigación sobre las causas y los efectos. Es el camino más breve para arreglar los asuntos sin consideración ninguna por los argumentos. Es la lógica sumaria de los bárbaros, entre quienes el mejor hombre es aquel que pega más fuerte o tiene mejor puntería.

Hasta las naciones civilizadas han sido tardas en extremo para abandonar su fe en la fuerza. Aun en estos últimos tiempos lanzaban querellas por medio del duelo los hombres de honor que habían tenido diferencias entre sí; y los gobiernos, casi sin excepción ninguna, acuden a las armas para arreglar sus disputas sobre territorios o convenios intelectuales. A la verdad,

(1) Sé amigo de Dios, ten fe y esperanza, y obra.—MIGUEL SCOTT.

(2) La dulce misericordia constituye el verdadero emblema de la nobleza.—SHAKESPEARE.

(3) ¡Oh hermano, que desfallecís en vuestro camino! Desventurada hermana, de quien los justos huyen, ahí vendrá para vosotros, antes que la vida y las fuerzas os abandonen, un brazo que llevará vuestra carga.—*La Oda de la Vida*.

(4) Muchas quejas emanan de hombres que mueren, y que nosotros no oímos. Muchos llantos son lanzados por las viudas y los huérfanos, que no llegan a nuestros oídos. Muchas mejillas se hallan húmedas por las lágrimas, y muchas caras llenas de tristeza por un pesar inexpresado, que nosotros no vemos. La cruel tiranía es alentada. Las cuevas de ladrones son protegidas y a millares se les mantiene en irremediable esclavitud aunque nunca nos hicieron daño alguno.—JUAN WOOLMAN (cuáquero).



capturado por tres corsarios africanos, después de una sangrienta lucha. Durante el combate fué herido gravemente San Vicente por una flecha. La tripulación y los pasajeros fueron también encadenados, entre ellos San Vicente, transportado a Túnez luego y hecho galeote. No sirviendo para el trabajo de mar y estando continuamente enfermo, fué vendido a un médico moro. Al cabo de un año murió su amo y fué vendido de nuevo a un labrador natural de Niza. San Vicente volvió a convertir al cristianismo a su amo, y acordaron huir juntos. Se hicieron a la mar en una pequeña embarcación y desembarcaron en Aigues Mortes, en el Sud de Francia.

Al poco tiempo entró San Vicente de Paúl en una hermandad, en Roma, cuya misión era cuidar a los enfermos en los hospitales. En seguida se trasladó a París, donde prosiguió en la misma tarea. Entonces entró de preceptor en la familia del conde de Joigne, que era inspector de las galeras o pontones. Allí vió el joven sacerdote espantosos espectáculos: hombres encadenados a los remos y trabajando como esclavos africanos. Se consagró a su auxilio con tal éxito, que llegando sus obras a conocimiento de Luis XIII, le nombró limosnero general de las galeras. En cierta ocasión llegó hasta ocupar el puesto de uno de esos míseros proscriptos. El preso se fué en libertad, mientras que San Vicente llevaba su cadena y hacía la tarea del presidiario. Se mantenía con el alimento de los presidiarios y vivía en su sociedad. En breve fué descubierto y puesto en libertad; pero las heridas que le habían causado las cadenas del presidiario le quedaron para toda la vida. Fué repuesto en su posición y continuó trabajando con santo ardor. Convirtió a la penitencia a muchos de los presidiarios, y por medio de sus ardientes prédicas mejoró tanto las prisiones como las galeras.

El resto de su vida es bien conocido. Regresó a París y estableció la orden de las Hermanas de la Caridad, abriendo así una noble carrera para la caridad y la benevolencia de las mujeres. Estas hermanas de la caridad han sido las principales obreras de toda tarea de caridad en Francia y en otras partes, velando a los enfermos, enseñando a los niños y cuidando a las criaturas abandonadas: siempre en primera línea en toda obra benéfica. Recordando su cautiverio, se consagró a reunir dinero para redimir a los esclavos africanos; de esta manera llegó a ser la causa de la manumisión de nada menos que mil doscientos esclavos. Se puso fin a las tropelías de los corsarios con las escuadras unidas de Francia e Inglaterra, en 1816, cuando fué destruido el viejo antro de los piratas en Argel.

Oímos hablar de los calabozos y cadenas en los castillos de la caballería; mas, ¡qué historias de miseria y de crueldad!

descubren ante los tribunales judiciales de los modernos! Consultad los anales de los pobres en nuestras grandes ciudades, y cuántas veces tendréis que exclamar, con Jeremías Taylor: «Esto es una falta de caridad casi rayana en las crueldades de los salvajes y a una distancia infinita de la misericordia de Jesús!»

El espíritu benévolo de Juan Howard fué dirigido hacia la reforma de las cárceles por una aventura personal de naturaleza accidental algo semejante. Se hallaba en viaje en Portugal cuando Lisboa era aún objeto de doloroso interés en las ruinas del memorable terremoto. Aun no se había alejado en su viaje cuando fué capturado por un corsario francés el buque en que se había embarcado. Se le trató con mucha crueldad. Durante cuarenta y ocho horas estuvo privado de alimentos y de agua; y después de desembarcar en Brest fué preso en el castillo con el resto de los cautivos. Encerróseles en un repugnante calabozo y se les tuvo por un tiempo considerable sin alimento. Al fin fué arrojado un cuarto de carnero al calabozo, al cual tuvieron por fuerza que destrozar en pedazos los infelices y morder como bestias salvajes. Este cruel trato lo tuvieron que soportar durante una semana los prisioneros, viéndose obligados a acostarse en el horrible calabozo, sin tener nada más que paja para abrigarse de la humedad malsana y pestilente de aquel paraje.

Por fin fué puesto en libertad Howard y regresó a Inglaterra; pero no descansó hasta que hubo conseguido librar a muchos de sus compañeros de prisión. Entabló luego una correspondencia con prisioneros ingleses que se hallaban en otras cárceles y fortalezas en el continente, y halló que la suerte común de los cautivos era de sufrimientos tan malos o quizá mayores que los que él había experimentado.

Al poco tiempo, y en el curso de sus obligaciones como alguacil mayor del condado de Bedford, fijó su atención en el estado de las cárceles de Inglaterra. Este empleo es generalmente honorario, y tan sólo conduce a un poco de vana ostentación. Pero con Howard fué diferente. Ser nombrado para ocupar un empleo, era para él incurrir en la obligación de cumplir con sus deberes. Asistía a los juicios y oía atentamente los procedimientos. Cuando terminaban los juicios, visitaba las prisiones en que estaban encerrados los criminales. Allí conoció el trato vergonzoso y brutal que se daba a los delincuentes. El espectáculo que se presentó a su vista en las cárceles le reveló la naturaleza de su futura misión en la vida.

Las prisiones de Inglaterra, igual que las de otros países, estaban entonces en un estado espantoso. Los presos ni eran separados ni clasificados. Se amontonaban a los que eran relativa-

mente inocentes con los más terribles culpables, de modo que la prisión común se hacía un internadero de criminales. El hombre hambriento que había robado un pan, se hallaba en contacto con el salteador o el asesino. El deudor y el falsificador, el ratero y el bandido, la muchacha deshonesto y la prostituta, se hallaban confundidos. Prevalcía en la cárcel el jurar, maldecir y blasfemar. El culto religioso era desconocido. El lugar estaba entregado a Belcebú. El demonio era el rey.

Las impresiones sobre la manera cómo se trataba a los presos, las refiere Howard con sencillez en las siguientes palabras: «Algunos que por resolución de los jurados eran declarados «culpables», otros en quienes el Gran Jurado no hallaba una apariencia de culpabilidad tal que los pudiera someter a un juicio, y otros cuyos acusadores no se presentaban contra ellos, eran vueltos a la prisión, después de haber permanecido allí varios meses, y encerrados otra vez, hasta que pagasen diversos estipendios al carcelero, al amanuense del tribunal de justicia y otros por el estilo.» Observa asimismo que el dicho de los «acreedores inexorables» que algunas veces amenazaban a sus deudores con *puerlos en la cárcel*, tenía un significado real; porque en la cárcel se pudrían realmente los hombres, hediendo y enconándose en toda la extensión de la palabra, a causa de la suciedad y de los miasmas. Howard calculaba que por numerosas que fuesen las vidas sacrificadas en galeras, era igual el número de las que sucumbían víctimas del frío y de la humedad, de las enfermedades y del hambre.

Los sueldos de los carceleros no los abonaba el público, sino los que eran declarados inocentes y puestos en libertad. Howard insistió, con los jueces de paz, para que se les pagara un sueldo a los carceleros. Se le pidió un precedente. Respondió que encontraría uno. Monta a caballo y recorrió el país en busca del precedente. Visitó las cárceles de los condenados de todas direcciones. No halló precedente alguno para pago de un sueldo al carcelero, pero encontró que predominaba entre los prisioneros una inmensidad de desdicha y de miseria, lo cual le determinó a comprometerse a la reforma de las cárceles de Inglaterra y del mundo.

En Gloucester encontró el castillo en las circunstancias más horribles. El castillo había sido convertido en cárcel. Tenía un patio común para todos los presos, hombres y mujeres. La sala de deudores no tenía ventanas. El cuarto de dormir para los reos de delitos capitales era estrecho y sombrío. Había reinado una fiebre en la cárcel que se había llevado a muchos presos. El guardián no tenía sueldo. A los deudores no se les daba ración alimenticia. En la ciudad episcopal de Ely no era mejor el local. Para impedir la fuga de los presos atábase a éstos con cadenas

al suelo. Se habían colocado varias barras de hierro encima de ellos, y un collar de hierro con espigones estaba sujeto en torno de sus cuellos. En Norwich estaban contruidos los calabozos debajo de tierra, y a los presos se les daba una cantidad de paja que costaba una guinea anualmente.

No tan sólo no tenía salario el carcelero, ¡sino que pagaba cuarenta libras esterlinas al segundo alguacil por el puesto! Sacaba sus entradas por medio de la extorsión.

Howard fué de un paraje a otro, inspirado por su noble misión. La idea de mejorar la condición de los presos ocupaba todos sus pensamientos y se había apoderado de él como una pasión. Ningún trabajo, ningún peligro, ni sufrimiento físico podía apartarle del propósito de su vida. Fué de un extremo de Inglaterra a otro para poder arrastrar hacia la luz a los repugnantes misterios de las prisiones de la Gran Bretaña. En muchos casos hizo dar libertad a aquellos que se hallaban presos por pequeñas deudas y a muchos otros que eran completamente inocentes de crimen alguno. Cuando hubo acabado su inspección, se constituyó la Cámara de los Comunes en comisión, para asegurarse del estado presente del asunto. Compareció ante ella, proferido de sus apuntes. En el curso de la investigación, sorprendió un miembro por la extensión y minuciosidad de su informe, preguntó que quién le había costado los gastos de sus viajes. Howard se quedó sorprendido antes de poder contestar.

Le fueron dadas las gracias por la legislatura al terminar su informe. Se siguió la huella indicada por él. Pasáronse actas en 1774—un año después de haber dado Howard comienzo a su tarea—, aboliendo toda propina, proveyendo sueldos para los carceleros y ordenando que todos los presos fuesen puestos inmediatamente en libertad una vez absueltos. Ordenóse asimismo que todas las cárceles fueran limpiadas, blanqueadas y ventiladas, que se establecieran enfermerías para la curación y sustento de los presos, y que se edificasen cárceles a propósito. Howard se hallaba enfermo en su cama cuando se votaron estas actas; pero conforme se restableció de la enfermedad y el cansancio a que le habían llevado los trabajos que él mismo se había impuesto, dejó el lecho y volvió a visitar las prisiones, con el propósito de asegurarse de que las actas eran obedecidas cumplidamente.

Habiendo recorrido toda Inglaterra, dirigióse Howard a Escocia e Irlanda; e inspeccionó las cárceles de ambos países. Las halló igualmente horribles, y publicó el resultado de sus investigaciones con el mismo éxito. En seguida se dirigió al continente para informarse de la condición de las prisiones. En París le fueron cerradas las puertas de la Bastilla; pero por lo que respecta a las demás prisiones francesas, no obstante ser bastante

malas, eran muy superiores a las de Inglaterra. Cuando se supo que Howard tomaba informes sobre la Bastilla, se dió una orden para prenderlo, mas tuvo tiempo de huir. Se vengó publicando una relación sobre la prisión del Estado, traducida de una obra entonces recientemente publicada, que pudo obtener al cabo de muchas dificultades y trabajos.

Howard siguió en su viaje por Bélgica, Holanda y Alemania. En todas partes tomaba apuntes, y consiguió muchísimos informes, resultado de una enorme labor. Una vez de regreso a Inglaterra, para ver si el trabajo de la reforma de cárceles había echado raíces, se dirigió a Suiza, con la misma misión de amor. Allí encontró practicada la ciencia de la disciplina de las cárceles. Se hacía trabajar a los presos, no solamente en beneficio propio, sino para disminuir los impuestos que se recogían para el sostenimiento de las cárceles.

Al cabo de tres años de infatigable tarea, en los que recorrió más de trece mil millas, publicó Howard su segunda obra sobre «El estado de las cárceles». Fué recibida con gran simpatía. Volvió a ser consultado por la Cámara de los Comunes sobre las medidas ulteriores que exigía la reforma de las prisiones. Recomendó las casas de corrección. Había inspeccionado una en Amsterdam, de la cual creía que podría servir de modelo.

De nuevo volvió allí para informarse del método de trabajo. De Holanda se fué a Prusia, y cruzó la Silesia a través de los ejércitos beligerantes de Austria y de Prusia. Pasó algún tiempo en Viena, y se dirigió a Italia. En Roma solicitó el permiso para ver los calabozos de la Inquisición. Mas, lo mismo que las de la Bastilla de Francia, fuéronle cerradas las puertas de la Inquisición. Todas las demás le fueron abiertas. Volvió a Inglaterra atravesando Francia, habiendo viajado cuatro mil seiscientas millas en esta expedición. Dondequiera que llegaba era recibido con alegría. Le seguían las bendiciones de los presos. Ejercía la caridad a manos llenas. Pero hizo algo más. Abrió los ojos de los pensadores y de los filántropos de todos los países sobre la importancia de la reforma de cárceles.

Jamás descansaba. Volvió a visitar las prisiones en la Gran Bretaña, viajando cerca de siete mil millas. Halló que sus anteriores esfuerzos habían producido algún bien. Los flagrantísimos abusos que antes hubo observado, habían sido removidos; y las cárceles eran más limpias, más sanas y mejor arregladas. Hizo otra excursión por el extranjero para ampliar sus conocimientos. Había visitado las cárceles de los países del sud de Europa. Decidió entonces visitar las de Rusia. Entró en San Petersburgo solo y a pie. La policía le descubrió y fué invitado a visitar a la Emperatriz en la corte. Informó respetuosamente a su majestad

que había ido a Rusia para visitar los calabozos de los presos y las habitaciones de los desventurados y no los palacios y cortes de reyes y reinas.

Consiguió una autorización para ver la aplicación del *knout*. Sacaron a un hombre y a una mujer. El hombre recibió sesenta golpes y la mujer veinticinco. «Algunos días después—dice Howard—, vi a la mujer en un estado muy débil, pero ya no pude hallar al hombre.» Resuelto a averiguar lo que había sido de él, visitó Howard al verdugo. «¿Podéis—le preguntó—aplicar el *knout* de manera que produzca la muerte en breve tiempo?» «Sí.» «¿En cuánto tiempo?» «En uno o dos días.» «¿Lo habéis aplicado alguna vez?» «¡Sí! El último hombre que fué castigado por mi mano con el *knout* murió del castigo.» «¿De qué modo lo hacéis mortal?» «Con uno o dos golpes en los costados que levanten grandes pedazos de carne.» «¿Recibís órdenes para aplicar de ese modo el castigo?» «Las recibo.» Así fué descubierta positivamente la jactancia de Rusia, de que la pena capital había sido abolida en todo el Imperio.

Escribió desde Moscovia, que «más de setenta mil reclutas para el ejército y marina habían perecido en los hospitales rusos durante un solo año». Ahora bien, Howard era un hombre exacto, incapaz de decir lo que no fuera cierto; y, por lo tanto, este terrible dato no hace más que acrecentar nuestro aborrecimiento, lo mismo por la guerra que por el despotismo. De Rusia volvió a Inglaterra por Polonia, Prusia, Hannover y los Países Bajos austriacos. En 1783 viajó para los mismos fines por España y Portugal. Publicó el resultado de sus viajes en un segundo apéndice a su gran obra.

Doce años habían transcurrido desde que Howard hallábase entregado al absorbente propósito de su vida. Había recorrido más de cuarenta y dos mil millas, visitando las cárceles de los principales pueblos y ciudades de Europa; y había gastado más de 30,000 libras esterlinas para ayudar a los presos, a los enfermos y a los desamparados. Sin embargo, no había terminado su obra. Decidió visitar los países en que reinaba la peste, para descubrir un remedio, si era posible, contra esta terrible plaga. Su propósito era ir en primer lugar a Marsella, atravesando Francia.

En noviembre de 1785 trasladóse a París. Recordando los franceses su folleto sobre la Bastilla, le prohibieron que se presentara en su territorio. Se disfrazó y entró en París. En la misma noche en que hubo llegado, fué sacado de su lecho por los esbirros. Un pensamiento feliz le hizo distraerlos de él por unos cuantos minutos, durante los cuales se levantó, se vistió, huyó de la casa y se puso inmediatamente en camino para Marsella.

Allí obtuvo permiso para visitar el lazareto y consiguió los informes que deseaba.

Embarcóse para Esmirna, donde hacía estragos la peste. De allí se hizo a la vela para el Adriático, el valeroso filántropo, en un buque infestado para poder ser sometido a la más estricta cuarentena. Contrajo unas calenturas y estuvo en cuarentena cuarenta días, sufriendo horriblemente: sin socorros, solo en su miseria. Por fin se repuso y regresó a Inglaterra. Visitó su propiedad rural, proveyó para los pobres de la vecindad y se separó de sus humildes amigos como un padre de sus hijos.

Tenía que llevar a cabo todavía una jornada. Era la última. Su intención era ampliar sus investigaciones sobre el asunto de la peste. En 1787 viajó por Holanda, Alemania y Rusia, proponiéndose ir a Turquía, Egipto y los Estados de Berbería. Mas sólo pudo llegar hasta Kherson, en la Tartaria rusa. Allí, como de costumbre, visitó a los presos, y cogió la fiebre de cárceles. Solo entre extraños, empeoróse y murió a los sesenta y cuatro años de edad. A uno que se hallaba junto a su cama, le señaló un punto en un cementerio del Delfinado, donde quería ser enterrado. «Ponedme tranquilamente en la tierra, poned sobre mi tumba un cuadrante y dejad que se me olvide.»

Pero el noble Howard no será olvidado mientras exista la memoria del hombre. Era el bienhechor de los más míseros entre los hombres. No se cuidaba de sí mismo sino únicamente de aquellos que sin él hubieran quedado sin amigos y desamparados. En su vida realizó un notable grado de éxito. Pero su influjo no murió con él, porque ha seguido ejerciendo influencia hasta el día de hoy, no solamente sobre la legislación de Inglaterra, sino en la de todas las naciones civilizadas.

Burke le describe así: «Visitó toda la Europa para entrar en las profundidades de los calabozos, para sumergirse en la infección de los hospitales; para explorar las mansiones de la tristeza y del dolor; para tomar las dimensiones de la miseria, del abatimiento y de la ignominia; para recordar a los olvidados; para atender a los abandonados; para visitar a los desvalidos; para comparar y reunir las aficciones de todos los hombres en todos los países. Su plan es original y encierra tanto genio como humanidad. Es un viaje de descubrimiento, una circunnavegación de caridad; y ya se sienten más o menos los beneficios de su labor en todos los países.»

Ha mejorado muchísimo el trato de los presos de lo que era en tiempo de Howard. Al principio fueron solamente personas benévolas las que se ocupaban en su mejora, tales como Sara Martín, la señora Fry y otros espíritus similares. Cuenta Sidney Smith que una vez pidió permiso para acompañar a la señora

Fry a Newgate. Quedó tan conmovido con el espectáculo, que lloró como un niño. Refiriéndose más adelante a este asunto en un sermón—dijo—: «Existe un espectáculo que ahora exhibe este pueblo, que yo me atrevo a calificar como el más solemne, el más cristiano, el más conmovedor que nunca haya presenciado un ser humano. ¡Ver a esta santa mujer en medio de esos desdichados presos; verlos a todos apelando a Dios, encarecidamente, tranquilizados por su voz, animados por su mirada, asiéndose a los vuelos de sus faldas, y adorándola como a la única persona que jamás los haya amado, o enseñado, o haya hecho caso de ellos, o que les haya hablado de Dios! Este es el espectáculo que derriba la suntuosidad del mundo; que les dice que pasa la hora breve de la vida, y que debemos prepararnos por algunas buenas acciones para podernos presentar ante Dios; que ya es tiempo de dar, de orar, de alentar al afligido; de ir como esta bendita mujer, y realizar la tarea de nuestro divino Salvador, Jesús, entre los culpables, entre los contritos de corazón y los enfermos, y trabajar en la más profunda y más negra desventura de la vida.»

La señora Fry consiguió efectuar con sus perseverantes esfuerzos, una reforma completa en la condición de la cárcel y en la conducta de las presas; de tal manera que el Gran Jurado declaró en su informe elevado a la Corte de justicia después de su visita de inspección, en 1816, «que si los principios que rigen en sus reglamentos fuesen adoptados para los hombres igual que para las mujeres, serían el medio mejor de transformar una cárcel en una escuela de reforma; y en vez de volver a enviar a los criminales al mundo endurecidos en el vicio y en la depravación, irían arrepentidos, y tal vez llegarían a ser miembros útiles de la sociedad». También la señora Tatnall, persona menos conocida que la señora Fry, se dedicó a la reforma y mejora de los presos en la cárcel de Warwick, de la cual era gobernador su esposo. Muchos criminales fueron sacados otra vez por ella de la senda del vicio y llevados a la de la virtud y laboriosidad. Los jóvenes de ambos sexos, siendo más nuevos en la maldad, eran objeto especial de sus cuidados. Casi siempre tuvo buen éxito en sus esfuerzos para volverlos a la sociedad.

Mas era muy poco lo que la ayuda individual podía hacer para mejorar o corregir a la masa de los presos. Solamente con la ayuda de la legislatura era como podía ser tratada una cuestión tan vasta. Uno de los principales objetivos de la legislación es prevenir el crimen removiendo todo aquello que induzca a cometerlo; y el principal objeto de la disciplina de la cárcel es el reformar la condición moral del criminal y volverle al seno de la sociedad contra la cual ha delinquido. Como acto de justicia, es debido esto al criminal, quien con demasiada frecuencia

llega a ser así por las circunstancias en que ha sido creado, la falta de educación y por las leyes desiguales que ha dictado la sociedad.

Antes la sociedad se vengaba de los criminales, tratándolos como animales salvajes; ahora se ha adoptado un trato más suave, teniendo en vista su conversión. Los gobernadores de la penitenciaría de Sing Sing, en el Estado de Nueva York, dieron los primeros pasos en el trato humanitario para los criminales. Su atención fué llamada sobre este asunto por los informes del señor Edmonds. Decía él que «no tenía ninguna fe en el sistema de violencia que durante tanto tiempo había prevalecido en el mundo, el sistema de atormentar a los criminales para ponerlos en lo que se llama buena orden, y en no recurrir nunca a algo mejor que el bajo sentimiento del miedo. Había visto lo suficiente en su práctica para convencerse de que, degradados como estaban, tenían, sin embargo, bastante corazón aún para poder ser conmovidos por la bondad, conciencias que podían ser despertadas por el llamamiento a la razón, y aspiraciones a seguir mejor género de vida, que sólo necesitaban de la estimulante voz de la simpatía y la esperanza para ser alentados hacia una reforma permanente.» Como consecuencia de esto se dió principio en Sing Sing, a un nuevo sistema de trato para los criminales, conforme con las recomendaciones del señor Edmonds, y muy pronto dió los más felices resultados. Ahora es regla establecida, castigar lo menos posible, y estimular todo anhelo de mejora. Muchos criminales que antes habían sido considerados como incapaces de reforma fueron devueltos por este medio a la sociedad como ciudadanos útiles, y de éstos un número muy reducido son los que han vuelto a sus antiguos hábitos.

El sistema alcanzó principalmente un gran éxito para con las mujeres. Una de las directoras les habló en la capilla sobre el deber de gobernarse a sí mismas, y la necesidad de un cambio de carácter si querían evitar la desgracia, tanto en este mundo como en el otro. «El efecto de este pequeño experimento—dijo la directora en un informe posterior—se manifestó en los movimientos más tranquilos y apacibles de las presas, en el sonido más dulce y quedo de sus voces, y en su pronta y contenta disposición para obedecer. Esto ha hecho más profunda mi convicción de que, por degradado que se halle por el pecado o endurecido por el ultraje o la injusticia, y mientras la razón conserva su imperio sobre el espíritu, no existe corazón alguno tan empedernido y obstinado al cual la voz de la simpatía y de la bondad no pueda llegar, o tan depravado que no conteste al llamamiento del amor cristiano.»

El capitán Pillsbury, gobernador de la cárcel de Westbury

en Connecticut, logró igualmente un éxito notable en su trato y reforma de los criminales por medio de un sistema humanitario. Tenía un valor moral que se aproximaba a lo sublime. Antes de ser nombrado para ese puesto, se seguía el sistema habitual del trato duro, con sus consecuentes efectos de empedernir y degradar a los presos, produciendo en ellos una «perversidad arraigada, profunda y constante». El crimen aumentaba enormemente y la cárcel abrumaba al Estado cada año con mayores deudas. El capitán Pillsbury cambió por completo el trato, encaminó sus esfuerzos hacia la reforma de los presos por medio de un trato bondadoso. Les alentaba a seguir una carrera de buena conducta; les animaba a que volvieran a la virtud. Inmediatamente libertó de la degradación de sus cadenas a los peores de los convictos y les dijo *que confiaba en ellos*. Esta medida fué mágica en sus efectos. Los hombres le otorgaron su confianza y demostraron el mayor respeto por su autoridad; el orden y el método prevalecieron en la cárcel; y el establecimiento principió muy luego a costearse con su propio trabajo.

Su manera de tratar a uno de sus presos fué notable. Era un hombre de estatura hercúlea, que se había fugado de algunas cárceles, siendo el terror de una comarca, y hacía diez y siete años que cada día se hundía más en el crimen. El capitán Pillsbury le dijo, cuando llegó, que esperaba que no volvería a sus proyectos de escaparse como lo había hecho en otras partes. «Voy a hacer que lo paséis lo mejor que sea posible, y deseo ser vuestro amigo; mas espero que no me crearéis dificultades por culpa vuestra. Hay un calabozo para el encierro solitario, pero nunca lo usamos; y me causaría mucha pena tener que abrirlo para encerrar a cualquiera en él. Podréis ir de acá para allá en este lugar, tan libremente como yo, si queréis confiar en mí como quiero confiar en vos.» El hombre se manifestó taimado, y durante unas semanas demostró muy pocos síntomas de suavizarse bajo la influencia del capitán Pillsbury; al fin se notificó a éste que el individuo se proponía fugarse de la prisión. El capitán le llamó, y le echó en cara su propósito; el individuo guardó un sombrío silencio. Dijole entonces que ahora era necesario encerrarle en el calabozo solitario. El capitán era hombre de pequeña estatura y delgado; caminaba delante y le seguía el gigante. Cuando hubieron llegado a la parte más estrecha del pasaje, dió la vuelta el gobernador con su linterna, y miró a la cara del criminal. «Vamos—le dijo—, ahora os pregunto si me habéis tratado como merezco. He hecho cuanto me ha sido posible para hacerlos soportable vuestra estancia aquí, he confiado en vos, y en cambio no habéis depositado en mí ninguna confianza, y hasta habéis formado planes para crearme dificultades. ¿Es esto

bueno? Y no obstante, me es doloroso encerraros. Si tuviese el menor indicio de que sentís algo por mí...» El individuo prorrumpió en llanto. «Señor—le dijo—, he sido un verdadero demonio en estos últimos diez y siete años; y confiáis en mí como en un hombre.» «Vamos, volvámonos», dijo el capitán. Al preso se le volvió a dar su anterior libertad en la cárcel. Desde este momento empezó a abrir su corazón al capitán, y cumplió alegremente todo el tiempo de su condena, confiando a su amigo conforme nacían todos los impulsos para faltar a su confianza, y todos los medios para llevarlo a cabo, que él se imaginaba ver.

El capitán Pillsbury es la persona que al ser informado de que uno de los presos más perversos había jurado asesinarle, mandó llamarle en seguida para que le afeitase, no permitiendo que estuviese presente otra persona. Miró al individuo, señaló con el dedo la navaja y le pidió que le afeitara. La mano del preso temblaba, pero terminó bien su tarea. Cuando hubo terminado le dijo el capitán: «Se me había dicho que os proponíais matarme, pero yo he creído deber confiar en vos.» «¡Qué Dios os bendiga, señor!»—respondió el regenerado individuo—. Tal es el poder de la confianza en el hombre (1).

El mayor Goodell, gobernador de la prisión del Estado en Auburn, Nueva York, y el señor Isaac T. Hopper, otro inspector de cárceles, fueron de igual modo favorecidos por el éxito en su trato para con los criminales, y en su reforma. De cincuenta individuos a quienes este último hombre admirable consiguió llevar a buen camino, solamente dos volvieron a sus antiguas costumbres, hecho que dice más que volúmenes enteros en favor del poder de la bondad (2).

Una de las mayores dificultades con que tropieza un criminal, es poder hallar ocupación después de haber cumplido su tiempo de condena. Está dispuesto a trabajar y decidido a ser

(1) *Western Travel*, por la señorita Martineau.

(2) No obstante el trato humano para con los presos en algunas de las prisiones del Estado de la Unión, se queja Guillermo Tulloch en una carta dirigida al *Times* de 3 de febrero de 1880, del trato que se da a los criminales menores de edad en varios de los Estados. «Por ejemplo—dice—en un reciente número de un periódico de Filadelfia hay una relación de una visita al establecimiento de penados del Estado de Georgia, donde en medio de las reparables condiciones de corrupción mutua, se hace trabajar juntos a docenas de penados en una mina de carbón. Están miserablemente alojados, guardados por perros sabuesos, y llevan grillos. Entre ellos vió el visitante a un muchacho de quince años de edad, quien ya había sufrido cinco años de esclavitud desde que tenía diez, y cuya tierna edad lo había sentenciado un juez a cuarenta años de presidio por el delito de forzar y entrar en una casa por la noche perpetrando un robo en ella! Por el periódico en que apareció esto y por el conocido carácter del escritor, hay razón para temer que sea harto cierto, porque hay en las cárceles de América innumerables abusos tan malos, que se hallan perfectamente probados por los informes oficiales. A un juez que ha podido dictar una sentencia semejante contra un niño de corta edad, desearía verle en la cárcel, más que en las cómodas condiciones en que una vez vió a un juez americano en la cárcel del Estado de Pensylvania. Había sido sentenciado a dos años por cohecho; pero sus habitaciones estaban provistas de todas las comodidades, y más bien sorprendía que un delito considerado localmente como listeza fuese aún, en esta ocasión, apreciado de esa manera por la ley.

honrado. Pero la policía le conoce y da informes contra él. Inmediatamente es despedido y se ve obligado a volver a sus antiguas costumbres. De ahí que se haga casi imposible a uno que haya estado en la cárcel el poder volver a una vida honrada. Tomás Wright, el filántropo de Manchester, se distinguió como verdadero amigo de los presos desamparados. Era un hombre sin posición social. No tenía fortuna, excepto la de un corazón rico y amante.

Aunque su educación era imperfecta, había recibido de su madre profundas impresiones religiosas en sus primeros años. Por fin llegó la época en que le fué necesario separarse de ella, para tener que hacer frente al mundo, con sus trabajos, sus placeres y sus vicios. Muy luego se mezcló con los peores hombres y muchachos de Manchester. Esto duró algún tiempo; más, por último, se sublevaron su espíritu y su conciencia contra la blasfemia de sus compañeros. Vinieron en su auxilio las lecciones que habían infiltrado las palabras de su madre. Contrajo relaciones con un joven religioso y principió a asistir con regularidad a un templo.

Cuando tenía quince años entró de aprendiz en una fundición de hierro, de Manchester. Su sueldo fué al principio de cinco chelines semanales. Siendo formal, sobrio y activo, ascendió gradualmente, hasta que a los veintitrés años era capataz de los moldeadores, con un salario semanal de tres libras esterlinas y diez peniques. Este fué su mayor ingreso, pero el bien que hizo después fué completamente independiente del dinero de sus sueldos.

Muy en breve fijó su atención en las clases criminales, lo que más desespera y desconsuela de todos los asuntos. El condenado que ha salido de la cárcel, rara vez puede obtener empleo en su antiguo puesto. Los patronos nuevos rehusan emplearle sin un certificado de sus buenos antecedentes, que no puede conseguir. La prisión le ha hecho quizá peor. Le ha puesto en contacto con personas tal vez más viciosas que él. De ese modo es compelido otra vez a reunirse con sus antiguos asociados, y principia de nuevo su carrera criminal.

Cierto día se presentó un hombre en la fundición y obtuvo colocación como obrero. Era un operario formal, cuidadoso y trabajador. Pero se susurró que había estado condenado y preso. Preguntósele a Tomás Wright si conocía el hecho. No lo sabía, pero prometió averiguarlo. En el transcurso del día le preguntó Wright incidentalmente al hombre dónde había trabajado últimamente. «He estado fuera del país», contestó. Por último, después de algunas preguntas apremiantes, confesó el infeliz con lágrimas que le corrían por las mejillas, que era un penado que

había cumplido su condena; que anhelaba no volver a sus antiguas costumbres y que esperaba que con perseverancia borrarán sus malos antecedentes.

El señor Wright creyó al hombre. Estaba convencido de que eran sinceras sus intenciones. Puso la historia en conocimiento de sus patrones y ofreció depositar en sus manos veinte libras esterlinas como una garantía de su buena conducta futura. Se le prometió que conservarían el condenado; pero a la mañana siguiente se echó de menos al individuo, porque, por un olvido, no se había dado contraorden para no despedirle. Inmediatamente se envió un mensajero a la casa del individuo para que volviese al trabajo. Pero el hombre ya había abandonado su alojamiento, llevándose un paquete que contenía todo lo que le pertenecía en este mundo.

Habiéndose informado que el individuo había tomado el camino de Bury, le siguió en seguida a pie Mr. Wright. Encontró al fugitivo sentado en el camino, a algunas millas de Mánchester, con el corazón destrozado, miserable y lleno de desesperación. Wright le levantó, le estrechó la mano, le dijo que seguiría en su colocación y que ahora todo dependía de él, si había de sostener su carácter como obrero respetable. Volvieron juntos a Mánchester, entraron juntos en el taller, y la conducta ulterior del hombre justificó amplia y noblemente la garantía que había dado el capataz.

Esta circunstancia afectó profundamente al mismo Mánchester Wright. Vió cuánto se podía hacer por medio de la simpatía y del afecto humano, para salvar a estos pobres criminales de las profundidades de la miseria en que habían caído. Sentía que no debían abandonar la esperanza de mejora y que era preciso que todo hombre cristiano les diera una ayuda para que pudiesen entrar en una vida de trabajo. Este asunto fué la gran idea de su alma. Era su misión y se esforzó en cumplirla. Hasta aquel momento no tenía quien le ayudara. Pero tenía una fe grande y perseveró hasta que realizó lo que deseaba.

El señor Wright vivía cerca de la cárcel de Salford y quiso llegar hasta los presos. Durante algún tiempo no pudo lograr que accediesen a su pedido. Por fin, uno de los jóvenes de la fundición, cuyo padre era uno de los guardianes de la cárcel, obtuvo para él una presentación al gobernador. Se le permitió entonces que asistiera al servicio divino de los domingos por la tarde. Pero aun no se le concedía que viese individualmente a los presos. Sin embargo, tuvo la paciencia de esperar.

Por último, un domingo por la tarde le paró el capellán cuando el señor Wright salía de la capilla de la cárcel, y le preguntó si podría conseguir una colocación para un preso, cuyo

condena iba a concluir pronto, y que deseaba tener la oportunidad de probar la reforma de su carácter. «Sí—dijo Wright—; haré lo que pueda, y me esforzaré en encontrarle una colocación.» Consiguió lo que deseaba, y se encontró trabajo para el penado cumplido.

El gobernador le concedió por entonces permiso para andar con más libertad por la cárcel. Le permitió que visitase los prisioneros personalmente. Wright les amonestaba y aconsejaba. Les estimulaba en sus resoluciones de enmendarse. Llevábalos sus mensajes a sus familias y se hizo su amigo y bienhechor de muchas maneras. Tomó la costumbre de salir al encuentro a los presos cuando eran puestos en libertad. Los llevaba a su casa, y les ayudaba a subsistir, con sus escasos recursos, y después se ocupaba por encontrarles ocupación.

En la mayoría de los casos tuvo un buen resultado. Los que habían trabajado llegaron a creer en Tomás Wright. Sabían que era un hombre bueno y benévolo, y que no les aconsejaría mal. Captó la confianza de los patrones, y generalmente empleaban a los delincuentes que habían cumplido sus condenas. Donde ellos tenían dudas, garantizaba él su fidelidad mediante depósito de su propio dinero, reunido de sus sueldos como capataz, a razón de sesenta chelines por semana.

Continuó de este modo tranquilamente y sin ostentación, prefiriendo que no se hiciese caso de su nombre, no fuese que esto pudiera intervenir contra el bien que estaba haciendo; hasta que pudo lograr encontrar en pocos años colocación para cerca de trescientos delincuentes que habían cumplido sus condenas! Hasta consiguió realizar la peor de todas las tareas, la de corregir a mujeres del vicio de la bebida. En ocasiones se iba al campo a algunas millas de distancia, con el objeto de implorar a algún marido, hasta de rodillas, para que volviera a tomar a su lado a una mujer que ya no era una borracha, sino una arrepentida, ansiosa de volver al hogar.

Un caso notable refiere uno de sus amigos (1). Un individuo que había estado preso en Portland, fué puesto en libertad una vez cumplida su condena y se encaminó a Mánchester con su certificado y una carta del capellán para Tomás Wright. Se le encontró empleo como barrendero. El señor Wright le hizo ascender como empedrador de calles; y también fué en eso aprobada su conducta. Obtuvo para él que el difunto canónigo Stowel le admitiera en las escuelas dominicales y nocturnas, llegando a ser maestro en ambas. Demostró tal capacidad para enseñar, que el canónigo Stowel tomó gran interés por él. El canónigo fué en-

(1) El autor de las *Vidas que hablan*.

terado de sus antecedentes. No obstante, hizo arreglos para dar «conferencias» con él, y en el tiempo correspondiente fué ordenado sacerdote el antiguo preso de Portland.

En otro caso, un joven desempeñaba un puesto de confianza en un almacén, había caído en mala compañía y substraído dinero a su patrón. El robo fué descubierto y el asunto iba a ser llevado ante los tribunales. El padre del joven procuró la intervención de Tomás Wright. Este fué inmediatamente a ver al patrón, y consiguió, no solamente una promesa de que no se perseguiría al joven, sino que le daría otra prueba. «Dadle otra oportunidad» era con frecuencia el consejo insistente de Tomás Wright. El joven fué tomado otra vez. Su conducta fué muy satisfactoria. Se entregó con más ahinco que antes al comercio. Más adelante fué admitido como socio y llegó a ser el jefe de la firma. Jamás ha dejado de bendecir el nombre de Tomás Wright.

Luego de haber trabajado así años enteros, obtuvieron al fin sus tareas un reconocimiento oficial. El capitán Williams le mencionó en sus informes anuales del estado de las cárceles. Dijo así: «Para demostrar la magnitud a que ha llevado su benevolencia este hombre humilde y sin ayuda de nadie, y el éxito con que ha sido coronado, no se necesita sino manifestar que de noventa y seis criminales favorecidos por él y restablecidos en vida, solamente cuatro han vuelto a la cárcel. Es encantador presenciar la amplia confianza y seguridad que depositan en los culpables y desventurados, y que parece deberse completamente a su manera sencilla, sin pretensiones y realmente paternal de hacer el bien.»

Hubo muchos casos en que el señor Wright no pudo obtener colocación para los presos puestos en libertad. En estos casos o les prestaba dinero suyo u organizaba una subscripción particular entre sus amigos, para que pudieran emigrar. De esta manera ayudó a 941 presos y condenados puestos en libertad para que salieran del país y comenzaran a vivir en nuevas condiciones y separados de sus antiguos compañeros. En muchos casos los mismos delincuentes auxiliábanle en sus tareas filantrópicas. Conseguían ocupación para sus amigos o contribuían a organizar subscripciones para ayudar a emigrar a otros. De esta suerte la caridad engendraba caridad.

Uno de estos emigrantes abandonados, que había sido enviado a la América del Norte, escribió al señor Tomás Wright en 1864, tratándole de: «Mi querido padre adoptivo.» Incluyó dos libras esterlinas como contribución a la Sociedad Reformadora de Hombres, de Londres. El emigrante que ahora es un hombre rico, decía: «A vuestra ayuda paternal, que jamás podrá ser olvidada, debo mi presente bienestar. Sobre la tierra fuisteis

en verdad mi mejor amigo, el más bondadoso y el único que me aconsejara. Me salvasteis de una existencia de vicio con vuestra ayuda única. Cuando todos me habían vuelto la espalda como a un perverso y vagabundo, vos, como el padre del hijo pródigo, me disteis la bienvenida a los senderos de la virtud y de honradez de la vida, consolando mi joven corazón con la esperanza de futuros días más dichosos, mezclando vuestro consejo paternal con una esperanza más pura, aun más allá de la tumba. ¡Que Dios os bendiga, querido padre! ¡Que Dios os bendiga por todas vuestras bondades! Lágrimas de gratos recuerdos resbalan sobre mis mejillas cuando pienso en todos vuestros nobles esfuerzos en favor de vuestros desgraciados semejantes.»

Al mismo tiempo se ocupaba el señor Wright diariamente en la fundición, trabajando desde las cinco de la mañana hasta las seis de la tarde, y, en ocasiones, hasta horas más avanzadas. Todas sus horas libres de la noche y la mayor parte de las de los domingos las dedicaba al servicio que por sí mismo se había impuesto: ya fuera en la cárcel, en la penitenciaría, en las escuelas dominicales de los pobres o en casa de los desgraciados y de los criminales. Tenía entonces sesenta y tres años, y su salud empezaba a decaer. Nada había ahorrado. Todo lo que pudo haber guardado lo había consagrado al alivio y a la emigración de delincuentes, cuya condena se había cumplido. Con frecuencia limitaba sus alimentos a la última expresión, considerando siempre que mientras tuviera medios, no podría justificarse por retener los de aquellos que se hallaban en la desgracia.

El Gobierno de entonces, reconociendo el valor de sus servicios, ofreció al señor Wright el empleo de inspector viajero de cárceles, con el sueldo anual de ochocientas libras esterlinas. Creeríase que era un medio con el cual pudiera ahorrar un poco de dinero y al mismo tiempo extender la esfera de sus operaciones. Pero él rehusó, sin vacilar, la oferta. Dijo que eso reducía su facultad de hacer el bien, pues estaba convencido de que, si llegaba a ser empleado del Gobierno, pronto dejaría de ser como amigo de los presos.

A causa de esto se procuró por parte del pueblo de Mánchester reunir una suma de dinero suficiente para constituir una anualidad igual a la cantidad de su salario semanal, un simple pago de la suma que sus esfuerzos habían ahorrado al Estado. Una suma de cien libras esterlinas fué concedida por el *Royal Bounty Fund* en esa subscripción. El pueblo de Mánchester hizo lo restante. Reunieron una cantidad que procuraba al señor Wright una anualidad de ciento ochenta y dos libras esterlinas: exactamente la misma cantidad que ganaba con su trabajo diario.

Unido a este testimonio, fué regalado a la Municipalidad de Mánchester un admirable cuadro de «El buen Samaritano», por el señor G. F. Watt, de la Real Academia, «como una expresión de la admiración y del respeto del artista, para con el noble filántropo Tomás Wright». El retrato fué colocado en un lugar preferente en el cabildo de Mánchester. Es un testimonio a la vez de la bondad y de la generosidad del artista, tanto como de la nobleza del carácter de aquel a quien representa su cuadro.

El señor Wright continuó sus obras de misericordia. Iba de pueblo en pueblo, a semejanza de Howard, visitando las cárceles de la comarca. Inspeccionó el refugio nocturno de Field Lane, las escuelas industriales de Redhill, los establecimientos de portones y de penados en Milbanck, Pentonville, Portland, Portsmouth y Parkurst. Trabajó con tenacidad en el establecimiento de Escuelas de Pobres. Quería educar a los pobres muchachos para que se ganaran honradamente la vida, y de ese modo evitar que llegasen a ser criminales. Consideraba la ignorancia y el mal ejemplo como fructíferos padres de todo mal; e hizo cuanto pudo para exterminarlos por medio de la instrucción civil y religiosa. Insistió con Cobden, quien se hallaba entonces ocupado en sostener un sistema de educación nacional, para que fuese obligatoria, como el medio principal de disminuir el crimen y el pauperismo. Además de sus Escuelas de Pobres, creó Escuelas Reformistas, Bancos de peniques y la Brigada de Limpieza. Doquiera que hubiese que hacer una buena obra, no faltaba nunca su brazo y su ayuda. Agradábale tener ocupados todos sus momentos. Su mote era: «Trabaja, trabaja mientras es de día porque la noche se aproxima.»

De este modo prosiguió hasta el fin. Cuando hubo llegado a los ochenta y cinco años de edad, decayó rápidamente su salud. Sin embargo, siempre estaba pronto para recibir a aquellos que querían verle, sobre todo a los pobres delincuentes que habían cumplido su condena o penados restituidos. Su vida se apagó gradualmente. El salmo vigésimotercero estaba constantemente en sus labios, y, al final de cada día de enfermedad se sentía «una jornada más próximo a su *home*». Había luchado en buen combate y estaba para terminar su carrera. Pasó a su eterno descanso tranquilamente y sereno, el 14 de abril de 1875. Es verdad ha sido en verdad una *vida digna de ser vivida*.

Wright reformaba a los criminales inspirándoles confianza. Fiar en otro es producir la confianza. Confiando en los hombres hacéis brotar lo bueno que hay en ellos. Su corazón responde al llamamiento. Exceptuando los peores casos, donde los jóvenes han sido creados con descuido y deshonestamente, siempre correspondida la confianza. Pensad siempre lo mejor de un hombre.

bre. «Pensar lo peor—dijo lord Bolingbroke—, es señal evidente de un ánimo vil y un alma baja.» Podéis ser engañado, es verdad. Pero vale más ser engañado que ser injusto.

No hace aún mucho tiempo que a las masas del pueblo inglés les estaban cerrados todos los lugares públicos. Los principales establecimientos se hallaban cerrados en los días de semana, excepto para aquellos que podían conseguir *permiso*, o que se hallaban dispuestos a pagar una gratificación de entrada a los bedeles o *cicerones* de las curiosidades. El Museo Británico estaba cerrado; la Galería Nacional estaba cerrada; la iglesia de San Pablo y la abadía de Westminster estaban cerradas; el castillo de Windsor, la Torre, los edificios del Parlamento, todos los demás edificios públicos y las colecciones de curiosidades y las obras de arte, estaban cerrados, excepto para los privilegiados. Parece que se creía que si el común del pueblo era admitido en estos lugares, en el acto cortarían con navajas las maderas, harían pedazos las piedras y destruirían completamente aquellos venerable edificios.

Según creemos, fué el difunto José Hume el primer hombre público que se consagró a cambiar este deplorable estado de cosas; y la primera de nuestras colecciones públicas que logró que se abriese para el público fué el Museo Británico. No sin gran oposición consiguió esa parte de su propósito. Se levantó la antigua gritería de que la colección sería irremediamente estropeada, cortada en pedazos, echada a perder, y que quizá serían robados algunos valiosos objetos. Además, ¡era una innovación total! A pesar de esto y merced a la tenaz insistencia del señor Hume, se ordenó que las puertas del Museo Británico fuesen abiertas para el público, y, como era natural, se predijo el *diluvio*. Hasta entonces sólo eran admitidos grupos de cinco o seis personas a la vez, y les era enseñado todo por un empleado—una especie de *policeman* en traje de particular—de quien se esperaba que estuviese en guardia contra los iconoclastas, y pronto a caer sobre cualquier godo que, como cosa natural, esperaba una oportunidad para destruir los valiosos objetos puestos a su alcance.

¡Bien! El mandato del Parlamento ordenaba que el Museo Británico fuera abierto para los carniceros, los panaderos, los soldados rasos, costureras, modistas y los más vulgares de los sirvientes comunes. ¿Y qué dijo lord Stanley (el difunto conde de Derby), después que hubo tenido lugar la irrupción de los bárbaros godos? Se fué a la Cámara de los Comunes, de la que entonces era miembro y también comisionado del Museo Británico en el mismo día de la irrupción. Se levantó de su asiento y con voz enfática exclamó: «Estaba alarmado y temeroso, mas ahora

puedo declarar que han visitado el Museo Británico ayer (día de mayo) 31,500 personas, ¡y que no ha habido daños ni por valor de medio chelín! Así, pues, no vino *el diluvio*, y se vió que el público en masa podía ser admitido libremente a examinar su propia colección nacional de antigüedades y las obras de arte, sin producir el cataclismo general de la nación. Era fácil dar con el secreto: se había tenido confianza en el pueblo y esto era todo.

El señor Hume perseveró en su buena obra. Constantemente les hacía oír a los hombres públicos, que debían confiar más en el pueblo, que debían abrirle las colecciones públicas en que hallaría diversión, cultura y educación; y a fuerza de argumentos e incesante repetición de año en año, consiguió que se abriesen al público: la Torre, Hampden Court, la abadía de Westminster y San Pablo. El movimiento se extendió gradualmente, y ahora se dejan los parques para placer y diversión del público, no solamente en Londres, sino también en la mayor parte de los pueblos y ciudades manufactureras.

Aun en la época de la gran Exposición de 1851 fué asunto de grave discusión en el Parlamento, sobre si debía ser rodeado Londres por tropas para conservar tranquilo al pueblo. El consejo fué rechazado y el Palacio de Cristal no fué rodeado por tropas. ¿Cuál fué el resultado? Quizá no fué robada cosa alguna ni por valor de un penique, ni un artículo fué dañado voluntariamente. El coronel Rowan, uno de los jefes de la policía de la metrópoli, fué preguntado respecto al asunto ante una comisión de la Cámara de los Comunes, y respondió que se debía atribuir a «la buena conducta del pueblo»; y agregó que mucho del actual mejoramiento tenía su origen en la facilidad que en estos últimos años se había concedido admitiendo al pueblo en los lugares públicos; en una palabra, por confiar en él.

Este es el verdadero modo de desviar el *diluvio*. Admitid libremente al pueblo para que admire las obras de arte, que son excelentes enseñanzas para los dones hechos por Dios a los hombres. Que se le permita contemplar las formas de la belleza—de no de gracia, de consagración y de virtud—conmemorativas de algún sentimiento sincero, de algún pensamiento sublime o alguna acción noble en la historia, y el que observa se siente elevado, humanizado, perfeccionado y civilizado inconscientemente. De este modo podrían ser nuestras galerías de pintura instrumento para promover la educación nacional de mejor clase, elevando y purificando el gusto, instruyendo al mismo tiempo el espíritu. El solo hecho de confiar en el pueblo, dándole libre acceso a esos lugares, es una educación del carácter moral. Fíad en un hombre, mostrad que os halláis dispuesto a depositar vuestra confianza en él como hombre, mostrad con vuestra conducta pe-

ra con él, que creéis, por decirlo así, en su honor, y habréis hecho mucho más por conquistaros el corazón de ese hombre y para hacer surgir los mejores sentimientos de su naturaleza, que con todas las exposiciones de la ley y de la autoridad. Desarmáis la mala índole de un hombre cuando probáis con vuestros hechos y conducta que confiáis en su naturaleza. Así es como el mal puede ser vecino del bien.

En verdad, solamente necesitamos tener más confianza en los hombres, para hacer aparecer lo bueno que hay en ellos. Confiadles privilegios, y, por la práctica, aprenderán su verdadero uso. El único remedio para los males de una libertad recién adquirida es la libertad misma. Habitua al preso que acaba de salir del calabozo a que vea la luz y, muy en breve, podrá soportar los más brillantes rayos del sol. Para humanizar a los hombres es preciso familiarizarles con influencias que humanizan. Para hacer de los hombres buenos ciudadanos, debe permitírseles el ejercicio y las funciones de un ciudadano. Antes que un hombre pueda nadar, debe primero haber entrado en el agua; antes que un hombre pueda montar a caballo, debe primero haberse ejercitado, y antes que pueda ser un ciudadano inteligente, debe primero haber practicado los deberes de la ciudadanía.